

LA LEYENDA DE EL DORADO

Y OTROS MITOS DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

CHRISTIAN KUPCHIK



Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: La leyenda de El Dorado y otros mitos del descubrimiento de América.

Autor: Christian Kupchik

Copyright de la presente edición: © 2008 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez

Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Florencia Gutman

Diseño de interiores y maquetación: Ana Laura Oliveira

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-9763-564-6

A mis hijos,
Kim, Miki, Chiara.
Por los prodigios a descubrir.
Por las utopías a conquistar...

Fue maravilloso descubrir América,
pero hubiera sido más maravilloso no encontrarla.

MARK TWAIN

Si quitáramos la ambición y la vanidad
¿dónde quedarán los héroes y los patriotas?

SÉNECA

Índice

INTRODUCCIÓN	15
Los vértigos de la Impostura	17
CAPÍTULO 1: GIGANTES, PIGMEOS Y CARIBES	23
La isla de los gigantes	25
Los patagones	27
De los reinos de los deformes.....	31
CAPÍTULO 2: LOS POLINESIOS EN AMÉRICA	35
Restos animales y estiramientos	39
Los calibes	40
La isla de los antropófagos	44

CAPÍTULO 3: LAS AMAZONAS	49
Matinimo, el reino de las mujeres	53
Las Amazonas del pecho amputado	56
La relación de Carvajal: el descubrimiento de (las) Amazonas	58
Noticias de Amazonas en el continente entero.....	62
CAPÍTULO 4: LOS COLORES DE LA VERDAD	67
En torno al mito	69
Las vírgenes del Sol.....	72
Deconstruyendo Amazonas	79
CAPÍTULO 5: LA FUENTE DE LA ETERNA JUVENTUD	83
Fons juventutis.....	85
Las fuentes de La Florida	87
El río rejuvenecedor.....	89
CAPÍTULO 6: LAS SIETE CIUDADES ENCANTADAS	93
Cibola en América	94
La balada de Estebanico, el negro	097
Los enviados a las Siete Ciudades.....	099
Muerte y suerte de Estebanico.....	101
Cibola, el reino móvil	103
CAPÍTULO 7: EL DORADO.....	107
El mar sin fin	110
El cacique Guatavita.....	113
CAPÍTULO 8: EL SUEÑO SIN FIN	119
Entre la confusión y los mitos	124

CAPÍTULO 9: LOS FALSOS DORADOS	129
El relato de los indios brasiles	132
La provincia de Meta	136
A la caza del “Nuevo Reino”	140
CAPÍTULO 10: EL PAÍS DE LOS OMAGUAS	145
Raleigh y las minas de Orinoco	148
El fantasma de Humboldt	153
CAPÍTULO 11: EL REINO DE PITITI	159
Memorias de una “trampa”	161
El hogar del Sol	164
El “otro” Cusco	167
Los pájaros invisibles	170
La ruta posible	171
CAPÍTULO 12: EL REY BLANCO Y EL LAGO	
DONDE DORMÍA EL SOL	175
El imperio subterráneo	179
CAPÍTULO 13: EL INCA CONDORI	191
La mala entrada	195
CAPÍTULO 14: LA CIUDAD DE LOS CÉSARES	199
La horrible boca del estrecho	203
Los naufragos del obispo	205
La ciudad de los muertos	208
CAPÍTULO 15: TRAPALANDA	211
Los césares fantasmas	214
Los gigantes de la Patagonia	219
La ciudad de los seres inmortales	221

El fin de los sueños.....	224
CAPÍTULO 16: EL DORADO EN EL ARTE	227
Los “Dorados” contemporáneos	232
La meseta dorada	234
Los sueños del coronel	237
Se dice que se dice.....	238
La fuerza de una obsesión	242
Los pasos perdidos.....	243
¿Reyes o prisioneros?	246
El último intento	248
CAPÍTULO 17: ENTRE LA AMBICIÓN Y LA UTOPIA.....	251
CRONOLOGÍA: DESCUBRIMIENTOS Y QUIMERAS	267
CONCLUSIONES	281
BIBLIOGRAFÍA	283

Introducción

Huellas de lo imposible

Desde siempre, el hombre ha sido un eterno buscador de quimeras. En sus afanes, cada encuentro con lo imposible lo conducía hacia nuevos laberintos y, al no tener mayores explicaciones para comprender lo nuevo, no le quedó más remedio que recurrir al mito.

Muchos de esos mitos han ido creciendo al punto de formar un territorio sólido en las cartas de la historia, incluso trasladando coordenadas espaciales por las derivas del tiempo, sin importar demasiado criterios de verosimilitud o razón.

De esto tampoco estuvo exento el contacto con el Nuevo Mundo, que se abría como una flor carnívora a todo tipo de especulaciones y sorpresas.

Los europeos no podían aplicar la métrica de la razón para señalar lo desconocido, y en consecuencia se entregaron a repetir

las fórmulas de antiguas leyendas que, en la nueva realidad, encontraban una encarnadura que sobrepasaba a la que le había dado vida.

Cuando en los oscuros siglos de la lejana Edad Media el ensueño de la Atlántida se desvaneció entre las sombras que envolvían los estudios clásicos, comenzó a adivinarse en el fondo del océano tenebroso una isla fantástica y jamás visitada que en las cartas antiguas recibe el nombre de Antilia. Quizás, en consecuencia, no haya que imaginar la Atlántida como un mito, sino como una verdad olvidada.

Ya Platón, tanto en el *Timeo* como en *Critias*, imaginó sociedades ideales para exponer en ellas sus enseñanzas. El hombre, entonces, necesita siempre de otro espacio. Desde siempre se pudo presumir más allá de los límites occidentales del Atlántico la existencia de una civilización oriental.

Las ideas pitagóricas sobre la esfericidad de la Tierra, así como las de Tales de Mileto y las relaciones comerciales que desde antiguo Europa mantuvo con China y la India por intermedio de los fenicios, los árabes y los egipcios, favorecen esta hipótesis.

Si se observa con detenimiento el derrotero de Hippalo descrito por el alejandrino Arriano en el *Periplo del Mar Rojo*, con el cual comenzaron a comunicarse con la India tanto griegos como egipcios, así como también los viajes de Ctesias de Cnido (siglo V a.C.), de Xenofonto y Alejandro Magno, y el *Astronomicon*, de Manlio, se observará que más allá de defender la existencia de países y pueblos antípodas en las profundidades de Asia, muchas de las criaturas o estados descritos volverán a aparecer (quizás algunos levemente metamorfoseados) en las crónicas de los franciscanos medievales primero, que salieron en busca de los imperios de los Khanes en la lejana Tartaria, en las de Marco Polo después, y finalmente en las de los conquistadores del Nuevo Mundo.

LOS VÉRTIGOS DE LA IMPOSTURA

Los vínculos entre la aventura viajera y la literatura resultan tan antiguos como la propia idea de ficción. García Gual señala que tanto en los viajes como en el amor están los fundamentos primarios de la novela, y para ilustrarlo utiliza los antecedentes que van de Ulises a Alejandro.

En su justificación, el crítico español señala con acierto que:

...la novela surge como literatura de evasión de un tiempo sin ideales. En el fondo, la apertura de esa novela hacia lejanías y vagos horizontes, invita a la huida de la realidad. Fuga de lo cotidiano hacia el pasado, en la novela histórica, o en el espacio, como el Egipto de Heliodoro o la Babilonia de Jámblico...ⁱ

En este mismo sentido, conviene considerar también las razones de Franz Altheim, que refuerzan la idea de la naturaleza común entre viaje y literatura como posibilidad de fuga:

Lo borroso e inconcebible, lo peligroso, lo dudoso e inseguro se exterioriza, en primer término, en la novela, en el dominio psíquico. Pero no solamente el alma está dispuesta a vagar por espacios ilimitados. Donde prevalecen el elemento nómada, el destierro y el desarraigo, el viaje se justifica incluso en el sentido geográfico. La experiencia viajera convierte en espacio la atmósfera que domina la novela. Los protagonistas son empujados no solo de un peligro a otro, sino también de un lugar a otro. Viajar significa carecer de nexos; es la forma libre de vivir, si cabe llamarlo así. Por lo tanto, lo proteico de la novela tiene que expresarse por medio del viaje.ⁱⁱ

Esa forma proteica a la que alude Altheim y que subyace en toda novela, encontrará en la impostura su mecanismo expresivo

ⁱ García Gual, C: "Los orígenes de la novela". Madrid, Istmo, 1972.

ⁱⁱ Altheim, F: "Visión de la tarde y la mañana". Buenos Aires, Eudeba, 1965.

más eficaz. Y en ciertos casos, ni siquiera resultó menester apelar a la traslación para demostrarlo.

Uno de los ejemplos más tempranos es proporcionado por Sir John of Mandeville, cuyo libro de viajes concebido en 1360 fue un clásico del Medioevo, e incluso se afirma que afamados navegantes lo utilizaron como referencia en sus travesías.

Escrito con un estilo que tres siglos más tarde merecería el elogio del doctor Samuel Johnson. Se relata un largo periplo a Oriente y se da cuenta de las maravillas que allí se encuentran. Los *Viajes de Mandeville* constan de dos partes. La primera es un itinerario a Tierra Santa, una especie de guía turística para peregrinos. La segunda es la descripción de un viaje a Oriente, que va tocando islas cada vez más lejanas, hasta la India y Catay. El libro termina con la descripción del paraíso terrenal y de las islas que costean el reino del legendario sacerdote Gianni.

En realidad, este supuesto aventurero y marino inglés, no habría sido otro que el francés Jean de Bourgogne (Saint Albans, 1300-Lieja, 1372), un impostor sumamente dotado para la prosa que se valió fundamentalmente de la *Relación de viaje* de fray Oderico da Pordenone para recrear uno de los mayores textos de viaje de la historia sin salir de su morada.

En su libro *El queso y los gusanos*, el historiador italiano Carlo Ginzburg señala que el texto original de los *Viajes de Sir John de Mandeville* está en francés y fue escrito probablemente en Lieja, a mediados del siglo XIV, aunque no dice por quién.

Los Viajes –apunta Ginzburg– son en esencia una recopilación basada en textos geográficos o en enciclopedias medievales como la de Vincenzo de Beauvais. Tras una vasta circulación manuscrita, la obra pasó por diversas ediciones impresas, en latín y en las principales lenguas europeas.

Lo que realmente interesa, en este caso, es la forma en que trascendió y sobrevivió, ya como testimonio de viaje (aun fraguado), pero también como artilugio literario.

Antes de convertirse en un “hecho”, el viaje puede existir independientemente de la realidad bajo la forma de relatos “verídicos”. Mediante algunas precauciones, el viaje cobra existencia primero como idea, luego como un guión cuyo desarrollo puede encontrar forma en la realidad y, tal como sucede con las matemáticas, llegar a configurarse en un lenguaje independiente de la experiencia. Basta con pensar en la “exploración” de los confines del mundo conocido por Herodoto, un más allá donde solo se aventura aquel que relata.

¿Qué significa, a fin de cuentas, un “viaje real”? ¿El triunfal desplazamiento de un cuerpo en el espacio con un destino fijo por recompensa? ¿Acaso no es en la realidad de ese movimiento, ya como hipótesis o memoria, proyecto o recuerdo, donde se concreta el viaje? Inevitablemente, procedemos a la puesta a punto de una experiencia, sin importar que esta sea real o imaginaria.

Entre los navegantes que atesoraban como referencia el libro de Mandeville –además de las *Etimologías*, de San Isidoro y la *Historia natural* de Plinio el Viejo– se contaba nada menos que Cristóbal Colón. Y el propio almirante, convencido de haber arribado a las Indias, certificó lo expresado por la imaginación de Mandeville.

En los años que precedieron y sucedieron al hallazgo de Colón, muchos otros aventureros se lanzaron a la búsqueda de la Antilia primero, El Dorado después, y tantas otras urbes fantasmas como islas imaginarias poblaban el oeste del océano. Y cuanto más ilusos se sentían, con más empeño doblegaban la apuesta. Aquellos territorios fantásticos no eran un mito. Hacía siglos que el presagio de América y sus ocultas maravillas punzaba el alma de los marinos.

Colón habría sido un entusiasta más de la florida Antilia. Y no obstante, hoy sabemos que los móviles de su exploración del océano y del mundo fueron otros: la búsqueda del Oriente por Occidente. Sus lecturas ayudaron a fortificar la creencia en otras tierras que abundaban en maravillas. ⁱⁱⁱ

López de Gomara lo expresa con claridad en su *Hispania Vtrix*:

Quieren también otros, porque no todo lo digamos, que Cristóbal Colón fuese buen latino y cosmógrafo, y que se movió a buscar la tierra de las antípodas y la rica Cipango (4) de Marco Polo, por haber leído a Platón en el Timeo y en el Critias, donde habla de la gran isla de Atlante y de una tierra encubierta mayor que Asia o África; y a Aristóteles o Teofrasto en el Libro de las Maravillas, que dice como ciertos mercaderes cartagineses, navegando del estrecho de Gibraltar hacia Poniente y Mediodía, hallaron, al cabo de muchos días, una gran isla despoblada, empero ricamente proveída y con ríos navegables.

El sueño de ese Oriente rebosante de riquezas e infinitas maravillas pudo haber exaltado la mente del almirante, como de tantos otros hombres que luego le siguieron.

En Europa, mientras unos creían en el descubrimiento de la India por el Occidente y otros lo desechaban, había un Nuevo Mundo que se levantaba ajeno a las creencias o desconfianzas. Nadie ponía en duda el hallazgo de la Antilia misteriosa, aquella isla fabulosa rebosante de tesoros que solo figuraba en las mentes febriles de los visionarios y en las de los cartógrafos medievales. Había sido descubierta una ficción, y su nombre aún perdura.

ⁱⁱⁱ Además de los textos citados, se sabe que Colón consultaba la *Geografía de Ptolomeo*, el *Ymago Mundi*, de Pierre d'Ailly; una edición latina de *El libro de las Maravillas*, de Marco Polo, y las *Vidas*, de Plutarco.

(4) Nombre antiguo que se le daba al Japón.

La obsesión del Asia y el Oriente clásico creó espejismos e hizo ver falsas apariencias. Los mitos y leyendas de los autores griegos y latinos vieron su imagen especular en América, por la convicción de que aquella tierra era la India y merecía ser explicada con la autoridad de los antiguos sabios.

Así surgieron los principales mitos de la conquista: las siete ciudades encantadas de Cibola, las amazonas, los gigantes y caribes, la sierra de la Plata...

La ilusión del oro, que desde el primer viaje de Colón acompañó siempre todas las visiones maravillosas y todos los ensueños de los conquistadores del Nuevo Mundo, creó, entre los vestigios y reminiscencias de las civilizaciones destruidas, la quimera más deseada, el arcano más hechicero: El Dorado.

Capítulo I

Gigantes, pigmeos y caribes

En el conjunto de seres fabulosos que abonan los mitos, ninguno parece tener una presencia mayor y tan antigua como los gigantes. Presentes ya en la Biblia, la *Teogonía* de Hesiodo y los mitos romanos, perduran durante la Edad Media en los mapas y relatos maravillosos a los rincones más remotos del planeta, y vuelven a reproducirse en los albores del descubrimiento de América.

El *Deuteronomio*, el *Libro de los números* y el *Libro de Josué*, dan cuenta de los gigantes a quienes los israelitas debían exterminar. El *Génesis*, alumbra sobre el origen de estos seres prodigiosos como fruto de la unión entre los hijos de Dios con las hijas de los hombres. En el *Libro de los reyes* hallamos al tristemente célebre Goliat, derrotado por el pequeño David a pesar de sus seis codos y



“David y Goliat” de Miguel Angel Caravaggio.
La mítica historia del gigante Goliat derrotado
por un certero golpe del rey David trascendió
los tiempos y llegó a nuestros días.

un palmo. Aunque no llegaba a igualársele al increíble Og, rey de Basan, quien llegó a los nueve codos y un palmo.¹

Mucho después de estos tiempos míticos, Henríón publicó en 1718 una suerte de escala cronológica, según la cual Adán debió de superar los cuarenta metros, y así seguía descendiendo, hasta llegar a Alejandro el Grande, a quien se le atribuían seis metros. En el preludio de su *Teogonía*, Hesiodo describe a las musas cantando primero el nacimiento de los dioses, y luego el de los hombres y los gigantes. Según el autor, Gea dio a luz a las Erinias, los gigantes y las ninfas Melias, impregnada por las gotas de sangre que cayeron sobre ella al ser mutilado Urano por su hijo Kronos.

¹Cf. Garnier, Edouard: *Enanos y gigantes*. Biblioteca de Maravillas. Barcelona, 1886.

Apolodoro refiere a la historia de la lucha de los gigantes contra los dioses apoyados por Hércules.

No obstante, convendría no confundir a los titanes (gigantes hijos de Urano y Gea) con los cíclopes, precipitados por Kronos en el Tártaro y liberados por Zeus. Los cíclopes dieron el trueno y el rayo a Zeus para que venciera a los titanes y los encerrara en una caverna de las profundidades. Los titanes, en consecuencia, son dioses, en tanto que los gigantes deben resignarse a su condición de mortales, aunque ambos proceden de la unión entre el Cielo y la Tierra. En su *Tristias*, Ovidio afirma que Gea, indignada por el destino de sus hijos anteriores, los titanes, engendró sola a los gigantes, seres monstruosos e inconquistables con temibles rostros y colas de dragón.

LA ISLA DE LOS GIGANTES

De todos modos, cuando el mundo amplió sus horizontes, fue factible hallar nuevas presencias de estos seres hechos de altura en innumerables latitudes. En el afamado atlas catalán trazado en Mallorca en 1375 y confeccionado para el rey Carlos V de Francia, figura al sudeste de Asia la illa Tropobana: ... “(presumiblemente Ceilán) derrera de Orient. En alguns munte de aquesta illa ha homens de gran formaço es de XII coldes axi como a gigants...” La mencionada isla Taprobana se encuentra también en varios otros mapas, como por ejemplo el de Behaim. El propio John of Mandeville, entre los hechos sorprendentes que refería haber visto durante su supuesta estadía al servicio del Gran Khan de Cathay, mencionaba tierras de pigmeos y gigantes.

La creencia de que las tierras a conquistar estaban pobladas por seres deformes y extraños comenzaría rápidamente a ser generalizada y aceptada como una realidad inquebrantable, al punto de



Américo Vesputio fue por mucho tiempo el nexo entre América y el Viejo Continente. Sus narraciones sobre el Nuevo Mundo impresionaron fuertemente las fantasías de los europeos.

que la no visión de criaturas amorfas llamaba a la sorpresa a los aventureros del Nuevo Mundo.

“En estas islas, hasta aquí no he hallado hombres monstruos como muchos pensaban...”, escribió un atónito Colón a los reyes Católicos desde Lisboa, al regresar del primer viaje, en 1493.

Y no obstante, los primitivos mapas americanos no reprimían la presencia de una isla de los Gigantes (como ejemplos, basta con recurrir al de Cantino, hecho en Lisboa en 1502, o el de Juan de la Cosa, de 1500: en ambos se señalan los contornos de tan peculiar territorio). También Américo Vesputio se ocupó de divulgar en Europa la leyenda de su existencia, cuando en su segundo viaje habló de una isla de los gigantes, que al parecer y según la relación del primer viaje de Ojeda, correspondería a la actual Curaçao.

Asimismo, el primer historiador del Nuevo Mundo, Pedro Mártir de Anglería, se refirió a hechos sorprendentes que sobre la estatura de los indios le confiaban los conquistadores que retornaban de los nuevos países. Concretamente, en el Orbe Novo Pedro Mártir relata las hazañas del rey gigante Datha, de la provincia de Duhare. De acuerdo a lo que le narraron al autor, solo el rey y su esposa alcanzaban una estatura mayor, porque mientras eran niños los maestros de esa arte les untaban los miembros con medicamentos de ciertas hierbas que permitían estirarlos a voluntad.

Según el Deán de la Concepción, con quien Pedro Mártir discutía asiduamente sobre estos prodigios:

...eso (el estiramiento) no se hace torturando los huesos, sino comiendo cierto embutido de muchísima sustancia, que se saca majando varias hierbas a propósito, en particular cuando comienzan a crecer (quienes las comen), el cual tiempo la naturaleza propende al crecimiento, y las comidas se convierten en carne y huesos.

LOS PATAGONES

Entre tanto, Juan Sebastián de Elcano llegaba a Sevilla el lunes 8 de septiembre de 1522 y muy pronto se esparció por todo el reino que los compañeros de Magallanes se encontraron en la bahía de San Julián con un pueblo de gigantes. Los cinco buques de Magallanes invernaron en dicho sitio durante cinco meses del año 1520.

En realidad, la primera visión de un gigante fue apuntada por Antonio Pigafetta, el cronista de Magallanes, en el diario de a bordo que llevó durante los tres años (1519-1522) que duró la travesía. Cerca de San Julián, en septiembre de 1521, escribió:

Un día, cuando nadie se lo esperaba, vimos un gigante que estaba a orillas del mar, semidesnudo, bailando, saltando y cantando; y mientras cantaba, se echaba polvo y arena sobre la cabeza. Nuestro capitán mandó a uno de nuestros hombres acercarse a él, ordenándole que cantara y saltara igual que el otro para tranquilizarle y que se mostrara amistoso. El marinero lo hizo y enseguida condujo al gigante a una pequeña isla donde el capitán lo esperaba. Y cuando estuvo ante nosotros comenzó a mostrarse asombrado y temeroso, y apuntó con un dedo hacia arriba pensando que veníamos del cielo. Era tan alto, que el más alto de nosotros le llegaba a la cintura...²

El gigante tenía el rostro pintado de rojo y amarillo, con dos corazones dibujados sobre las mejillas y su cabeza, casi calva, mostraba a los cabellos escasos pintados de blanco. Vestía una piel, cosida: "...proveniente de un animal que tiene la cabeza y las orejas de una mula, el cuello y el cuerpo de un camello, las patas de un ciervo y una cola de caballo".

Hoy es posible inferir que aquella criatura no era otra cosa que un guanaco, pero en su necesidad de definir, los cronistas utilizaban todas sus dotes creativas, sin importar que se tratara de un animal, un hombre o... una mujer: "Estas mujeres tienen los pezones con un largo de media braza, llevan una pequeña piel para esconder su naturaleza, están vestidas como hombres y tienen también el rostro pintado".

Pigafetta no escatima detalles sobre estos seres insólitos y, sin embargo, reales.

²*Primer viaje en torno al globo*. Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, 1970. Traducción de José Toribio Medina. Otra edición más reciente y muy recomendable es "La primera vuelta al mundo", debida a Diego Bigongiari. Editorial Ameghino, Buenos Aires, 1999.

En el Río de la Plata, casi un siglo después, Ruy Díaz de Guzmán relataba del siguiente modo los detalles de la tripulación de Magallanes con los gigantes del sur argentino:

...reconocido el río de la Plata fueron costeadando lo que dista para el estrecho hasta 50 grados, donde saltando siete arcabuceros a tierra, hallaron a unos gigantes de monstruosa magnitud, y trayendo consigo a tres de ellos, los llevaron a las naos, de donde se les huyeron los dos. Y metiendo el uno en la capitana, fue bien tratado por Magallanes, asentando con algunas cosas, aunque con rostro triste: tuvo temor de verse en un espejo. Y por ver las fuerzas que tenía, le hicieron tomase a cuestras una pipa de agua, el cual se la llevó como si fuera una botija perulera. Y queriendo huirse, cargaron de él de ocho a diez soldados, y tuvieron bien que hacer para atarlo: de lo cual se disgustó tanto que no quiso comer y de puro coraje murió. Tenía de altura de trece pies, y algunos dicen de quince.³

Los gigantes patagónicos fueron descritos también por otros exploradores, como De Weert, Spelbergen y Shelvocke, que terminaron adoptando el primer término utilizado por Magallanes para nombrarlos: patagones (pies grandes).

Peter Shankland anotó que el bucanero Thomas Cavendish –a cuyo servicio se encontraba Anthony Knivet, un inglés tomado como prisionero y esclavo que terminó escribiendo una extraordinaria y poco conocida relación de su experiencia– midió la huella de uno de sus pies y:

...comprobó que tenía una longitud de cuarenta y seis centímetros, en tanto su estatura media parecía ser de dos metros cuarenta centímetros; y según escribió uno de sus oficiales: alcanzan los dos metros setenta centímetros y más. Era como si con el tiempo los

³Guzmán, Ruy Díaz de: “La Argentina”. *Historia 16*, Madrid, 1986.



Fernando de Magallanes. El portugués que al servicio de España, iba a hacer posible la demostración de que la tierra era redonda.

gigantes se hicieran más gigantescos”; en informes sucesivos, sus pies se agrandaban igualmente. ⁴

DE LOS REINOS DE LOS DEFORMES

Ante la variedad y multiplicidad de informes que llegaban, los Doctores del Consejo de Indias no dudaban ni de los gigantes ni de otras maravillas del Nuevo Mundo de las que se daban noticias. La fábula de los gigantes se siguió extendiendo en el tiempo y supo perdurar por mucho en América Latina.

Durante la conquista de Perú se creyó que habría que enfrentar a un ejército de gigantes, de acuerdo a lo escrito por Gaspar de Espinosa, quien afirmaba que de acuerdo a cartas enviadas por Diego de Almagro unas sesenta leguas delante de Cusco acechaban: “...los gigantes, gente muy crecida y en mucha cantidad y que tienen muchas más armas y ánimo en su república...”⁵

Apuntalando esa ilusión, fray Pedro Simón escribe en el capítulo III de la *Primera noticia* que: “...hállanse gigantes en la provincia del Perú. Se han encontrado también sepulcros y huesos de gigantes”.

Además, narra la historia de un gigantón al que mataron los españoles, pero al ir en busca de su cadáver pudieron notar que se lo habían llevado sus congéneres.

A mediados del siglo XVII, el padre Cristóbal de Acuña todavía daba cuenta de la existencia de gigantes y pigmeos ocul-

⁴*Captain Byron of the wager*. Londres, 1975. El capitán Byron al que hace mención el título del libro era el abuelo de Lord Byron, el aclamado poeta romántico.

⁵Carta del licenciado Gaspar de Espinosa, fechada el 25 de febrero de 1536 y publicada por Medina en su *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile*, t. IV, pág. 341.

tos en las profundidades del Amazonas, así como de los Mutayus: "...gente que todos ellos tienen los pies al revés, de suerte que quien no conociendo los quisiese seguir, caminaría siempre al contrario que ellos".⁶

La suposición acerca de la existencia de criaturas bizarras y monstruosas subsistió largamente en la zona del Río de la Plata. En una carta de Luis Ramírez, hace saber que Caboto tuvo noticia de unos indios que: "...de la rodilla abajo tienen los pies de avestruz y también dijeron de otras degeneraciones extrañas a nuestra natura, lo cual por parecer cosa de fábula no lo escribo".⁷

Los aborígenes así descritos es probable que sean aquellos que respondían al nombre de cullus, y que tenían por costumbre cortarse un dedo del pie ante la muerte de un hijo, hasta quedarse en ocasiones sin ninguno.

El padre Pedro Lozano afirma que el nombre real en lengua quechua de esta tribu era "suripchaquin", que en castellano equivale precisamente a "pies de avestruz". En Córdoba los comechingones se caracterizaban por vivir en cuevas bajo tierra –lo que a ojos de los europeos los hacía aparecer como verdaderos topos humanos–, y en el Chaco se hablaba de ciertos enanos que nadie había visto pero que ya figuraban en las cartografías de la Edad Media.

Una misiva del padre Nicolás del Techo, escrita en Miraflores en 1757, alertó sobre la existencia de pigmeos en el Chaco. El padre Guevara, a propósito de esto, comenta que: "...los chiriguanos extrajeron un pigmeo muy chico; no quisieron decir en qué parte del Chaco habitaban; pero añaden que solo de noche salen en

⁶Acuña, Cristóbal de: *Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas*, LXX. Noticias que dieron los Tupí Nambás. 1641.

⁷La citada carta aparece reproducida por Eduardo Madero en *Historia del puerto de Buenos Aires*, apéndice 8.



Sebastián Caboto (detalle de una pintura del siglo XVI) obtuvo el apoyo de Enrique VII de Inglaterra para realizar un viaje de exploración al Nuevo Mundo. Sin embargo, sus logros fueron insignificantes, pero sus éxitos fueron insignificantes.

busca de comida, temiendo que si de día desamparan sus cuevas serán acometidos por los pájaros grandes...”⁸

El propio Guevara afirmaba con absoluta certeza que en el interior de Paraguay, escondidos en la profundidad de la selva, acechaban los fabulosos caaiguás (“gente silvestre” en guaraní) a los que identificaba como:

...hombres con nariz de mono, gibados que miran a la tierra como si para ella sola y sus bienes percederos hubiesen nacido: el cuello corto y tan ceñido que no sobresale del hombro... Viven en los montes y persiguen a los monos, saltando de rama en rama y de árbol en árbol con extraña ligereza y admirable agilidad.⁹

⁸Guevara, S. J. *Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*. Plus Ultra, Buenos Aires, 1969.

⁹Idem. Libro I, Parte 1.

Otras fuentes también se ocupan de los supuestos caiguás o caiguaras, llegando incluso a conjeturar que no bajaban de los árboles y que hasta podrían gozar de una extremidad posterior que los ayudara a sostenerse, como si fuesen colas.